

Los mártires pusieron la vida de la gente por encima de su propia vida*

P. Andreu Oliva, S. J.**

Esta noche celebramos el vigésimo aniversario de los mártires de la UCA, y a su vez, junto a ellos y ellas, deseamos agradecer y recordar a todos los mártires y a todas las víctimas de El Salvador. A todos estos hombres y mujeres, muchos de ellos muy jóvenes y muy niños, que con su ejemplo de vida nos dieron una gran lección de amor. “No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos”, nos dice Jesús. Algunas y algunos dieron todo lo que tenían y lo dieron para que otros tuvieran vida, y vida en abundancia, al igual que Jesús. Otras y otros fueron víctimas del odio del mundo, de la prepotencia de las armas, de la riqueza y el poder.

El lema de este vigésimo aniversario, “Todos los mártires y todas las víctimas nos llaman a la liberación”, está en plena sintonía con las lecturas que hemos escuchado esta noche (Éxodo 2, 23-25 y 6, 2-13; Salmos 146; Hechos 3, 1-10; Lucas 7), lecturas que nos muestran que la liberación es un deseo muy profundo que brota del corazón de Dios.

Dios se presenta a sí mismo como Dios que libera

Liberar a su pueblo de la esclavitud, liberarlo de los duros trabajos, de la injusticia y de la opresión a la que estaban sometidos por el faraón egipcio, es, según el libro del Éxodo, la manera que tiene Dios de mostrarse como Dios. Él es el Señor precisamente porque suscita, en el corazón de su pueblo, el deseo de liberación y la fuerza para realizarla; y es el hecho de que Dios camine con ellos por el desierto y los acompañe con lealtad y amor en su gesta de liberación lo que permitirá al pueblo saber quién es realmente su Dios. El Dios de la Biblia, el Dios que se manifestó al pueblo de Israel, el mismo Dios que descubrieron los mártires, es el que inspiró a Moisés e inspiró a nuestros mártires a buscar caminos para salvar y liberar de toda injusticia y de toda opresión a las víctimas. Y, así, los convirtió en constructores de humanidad en su propia historia: “Sabrán que yo soy el Señor su Dios, cuando los libere de la opresión que ahora sufren”.

* Texto de la homilía ofrecida el 16 de noviembre, en el vigésimo aniversario de los mártires de la UCA.

** Vicerrector de Proyección Social de la UCA.

En el Evangelio que hemos escuchado, Jesús, el Cristo, la manifestación encarnada de Dios en la humanidad, también afirma, ante los discípulos de Juan, que su carta de presentación como Mesías son sus hechos liberadores: las curaciones de enfermedades y dolencias, de malos espíritus y de todas las ataduras, y el anuncio de buenas noticias a los pobres. Son estas acciones liberadoras de Jesús y no otras las que dan evidencia de que Él es el que había de venir.

En la Judea del tiempo de Jesús, un enfermo no era solo alguien que padecía una enfermedad, como lo es para nosotros. Un enfermo era una persona llena de sufrimiento, era una persona marginada y vista con malos ojos, una persona despreciada, una persona que había sido condenada a esa enfermedad por un mal comportamiento suyo o de sus padres. Estar enfermo o tener alguna limitación era como estar pagando una condena. Sanar a un enfermo era devolverle su dignidad de persona, permitir que se integrara a la comunidad, acabar con su sufrimiento no solo físico, sino sobre todo moral. Sanando a los enfermos, Jesús actúa como Dios en el Éxodo. Jesús se conmueve ante el sufrimiento de la gente, Jesús oye, como el Dios del Éxodo, el “clamor de su pueblo” y actúa consecuentemente acompañándolos en su propia lucha por liberarse de todo lo que provoca ese clamor.

Los mártires nos dan sentido y esperanza

Los mártires fueron personas que siguieron cabalmente el ejemplo de Jesús. Personas que, al ver a su pueblo sufrir, al ver cómo se estaba condenando a la muerte a su pueblo, al ver cómo se les estaba negando la dignidad de seres humanos, de hijos e hijas de Dios, se conmovieron desde lo más profundo de sus entrañas y no pudieron quedarse callados y sin hacer nada. Ellos sintieron la necesidad de actuar, de estar al lado de ese pueblo, de defenderlo y de acompañarlo en su lucha de liberación, y lo hicieron poniendo todo lo que eran, poniendo todo lo que tenían y todo lo que sabían, al servicio de los caminos de liberación del pueblo. Nosotros vemos a los mártires como personas que trataron de seguir a Jesús con todas las consecuencias, arriesgando todo, incluyendo la propia vida. Por eso los recordamos, por eso los recordamos también, porque ellos y ellas nos hacen volver a asumir el núcleo del Evangelio, la disponibilidad para dar la vida por la fe que exige la justicia. Y, así, ellas y ellos nos enseñan una vez más una manera de vivir auténticamente cristiana, y con ello nos entregan abundancia de vida, una vida que no se acaba, una vida en plenitud humana porque es portadora de la promesa divina de amor y lealtad eternos.

¿Por qué estamos hoy aquí tanta gente? ¿Por qué hoy esta celebración tan impresionante, con tanta gente venida de todas partes de El Salvador y de otros muchos países de América y Europa? Si ellos y ellas no nos hubieran dado nada, no estaríamos aquí. Si ellas y ellos no significaran nada para nosotros, no estaríamos aquí. Estamos aquí porque su vida y su muerte fueron ejemplares para nosotros, porque su modo de vivir y de morir nos ha impresionado y ha marcado nuestras vidas. Ellos nos han dado sentido y esperanza.

Los mártires han dejado nuestras vidas llenas de una indignación imborrable por el crimen que cometieron los responsables quitándoles la vida, llenas de un deseo de verdad confesada con sincera franqueza, llenas de un deseo de justicia reparadora y llenas también de una voluntad de perdón. Llenas, además, de un orgullo solidario, porque las mujeres y los hombres mártires fueron y son hermanas y hermanos nuestros, compañeras y compañeros de esta larga peregrinación hacia la justicia y la paz que brotan del amor auténtico a la gente y, en ella, a Dios.

A cada uno de nosotros, cada uno de ellos, Julia Elba y Celina, Lolo, Nacho, Juan Ramón y Amando, Segundo y Ellacu, Rutilio Grande, David Navarro, Octavio Ortiz, la familia de Rufina Amaya y todos los masacrados en El Mozote, monseñor Romero y tantas y tantos otros, nos marcaron con el sello del seguimiento de Jesús hasta dar la vida por los amigos. Y por eso estamos muy agradecidos. Las mujeres y los hombres mártires son personas que siguen animando nuestra vida y nuestro deseo de trabajar por un nuevo El Salvador como ellos y ellas lo soñaron.

Recuerdo que cuando mataron a los seis padres y a las dos mujeres acá en la UCA, alguna gente de buena voluntad quería defenderlos diciendo que ellos no habían hecho nada para morir de esa manera. En parte es cierto, porque no eran guerrilleros, como los calumniaron, ni tampoco eran la inteligencia encubierta detrás de la guerrilla; pero en parte no. Los mártires de El Salvador murieron así porque vivieron de la manera que vivieron. Los mataron así porque vivieron como Jesús, y como Jesús decidieron buscar el Reino de Dios y su justicia. Algunos de ellos son mártires porque, siendo miembros de las clases más pobres, se hicieron sospechosos de luchar por el cambio en el país. Otros son mártires porque pusieron su vida al servicio de los pobres, porque optaron por estar al lado de los oprimidos, porque se levantaron contra la injusticia, porque buscaron la verdad y la proclamaron en voz alta y sin tapujos. Son mártires porque durante su vida trabajaron por hacer real el Reino de Dios, porque no claudicaron, porque pusieron la vida de la gente por encima de su propia vida.

Ante las tragedias, la solidaridad genera humanidad y esperanza

Celebramos este aniversario justo siete días después de vivir una nueva y gran tragedia. La noche del sábado pasado, miles de nuestros hermanos y hermanas vieron sus vidas amenazadas por los deslaves y las riadas. Más de 180 de ellos perdieron su vida. Más de 200 viviendas quedaron completamente destruidas y miles de viviendas dañadas. Esta tragedia sigue engrosando el número de las víctimas en nuestro país, sigue enlutando de muerte y dolor a nuestras familias. Pero estas víctimas no son solo víctimas de un desastre natural. La gran mayoría han sido personas violentadas por una pobreza inhumana. Son víctimas de salarios miserables que no permiten satisfacer las necesidades fundamentales de una familia. Son víctimas de la injusticia que se ha insertado en las estructuras sociales, políticas y económicas, una injusticia que causa pobreza y empuja a las familias pobres a vivir en los márgenes de los ríos, a la orilla de los bordos de las quebradas y de los barrancos, al pie de

los taludes, porque solo allí hay lugar para ellos. Las víctimas de la catástrofe son víctimas de una sociedad cuyos dirigentes no han querido trabajar contra la vulnerabilidad, a pesar de la mucha insistencia de organizaciones civiles y de las comunidades; víctimas de una sociedad que muchas veces, con su pasividad, ha dejado en la vulnerabilidad absoluta a miles de nuestros hermanos y hermanas.

A todos los que han sufrido en carne propia esta gran tragedia queremos manifestarles que estamos con ellos y los llevamos en el corazón. Esta celebración es también de ustedes, y desde ella queremos hacerles llegar un inmenso abrazo de amor y de solidaridad.

A lo largo de esta semana también hemos sido testigos de la inmensa solidaridad con los damnificados. Solidaridad de los pobres hacia los pobres. De personas pobres que han compartido lo poco que tienen con sus hermanos que lo han perdido todo o casi todo. ¡Qué gran lección de humanidad y de esperanza nos dan! Y cómo quedamos en evidencia aquellos que teniéndolo todo y en abundancia no somos capaces de compartir un poco. Cómo queda en evidencia el egoísmo de los ricos que se oponen a una tímida e insignificante reforma fiscal, con excusas que no hacen más que mostrar que no están dispuestos a compartir nada con sus hermanos y hermanas salvadoreñas. Ustedes, los ricos, aquellos de quien Jesús dice “Qué difícil es que un rico entre en el Reino de los Cielos”, son responsables de sus hermanos, de no haber hecho nada por ellos, de haberlos empujado a vivir junto a las quebradas, de no haber compartido sus riquezas, de no haber pagado sus impuestos para que el Estado tenga los recursos necesarios para proteger a nuestros hermanos y hermanas más débiles.

Nuestra realidad sigue clamando liberación

Entre nosotros hay también otras realidades que están causando un enorme sufrimiento en nuestro pueblo. El machismo y la violencia intrafamiliar. Los homicidios que diariamente y de manera interminable acaban con la vida de tantos jóvenes. Las extorsiones. La droga. El crimen organizado. La enorme inseguridad que vive la gente, en el bus, en las calles, a la salida del trabajo, en sus barrios. Tantas personas sin empleo. La migración de muchos de los nuestros en búsqueda de vida. Una juventud sin oportunidades de estudio ni de trabajo. La exclusión social de más de la mitad de la población. Los juegos políticos en detrimento de la voluntad de la gente. La corrupción. La negación de justicia para las víctimas.

Nuestro país, nuestra gente, nuestro pueblo, sigue necesitando liberación. Si nosotros decimos que “creemos y amamos a Dios”, también nosotros debemos esforzarnos para ser como Él, y nuestra principal preocupación debe ser liberarnos a nosotros mismos y liberar a nuestros hermanos y hermanas. En palabras de Ignacio Ellacuría: “Liberación de lo que pueda estimarse como opresión injusta de la plenitud y de la dignidad humana; liberación de toda forma de injusticia, liberación del hambre, de la enfermedad, la ignorancia, el desamparo; liberación de las necesidades falsas, impuestas por una sociedad

de consumo”.

Así hicieron los primeros cristianos, los Apóstoles. Ellos también continuaron y siguieron el camino liberador de Jesús. Ellos se hicieron instrumentos de liberación de todo aquel que lo ansiaba. Ahora nos toca a nosotros continuar esta tarea.

También hoy se nos ofrece la oportunidad de seguir su camino, de hacer que se cumpla este deseo, porque tenemos la voluntad de transformar las cosas. Dios, el Dios del Éxodo y de la liberación, el Dios de Jesucristo el Liberador, no nos fallará, sino que nos acompañará en esa voluntad de justicia con el apoyo y el ánimo de su gracia. Y así seremos fuertes para trabajar en mazorca, en matata, todos juntos, como decía el primero de nuestros mártires contemporáneos, Rutilio Grande. Trabajar todos juntos para un El Salvador sin hambre, sin víctimas, sin violencia, sin injusticia, sin familias divididas por la migración, un El Salvador en el que todos sus hijos e hijas vivan con igual dignidad.

El Apocalipsis dice que, en la vida eterna, aquellos de nuestros hermanos y hermanas que “han sido asesinados por la Palabra de Dios y por el testimonio que habían dado” (Ap 6, 9), aquellos que “han lavado sus vestidos con la sangre de Jesús, el Cordero” (Ap 7, 14), es decir, los mártires y los que han mostrado en sus vidas el amor, la esperanza y la fe contra viento y marea, “no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno, porque el Cordero que está en el trono los apacentará y los guiará a fuentes de agua viva. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos” (Ap 7, 16-17). Pues bien, si celebramos hoy a los mártires de este país, no podemos ser auténticos a menos que volquemos toda nuestra solidaridad para quitar el hambre y la sed a los damnificados de siempre y a nuestras hermanas y nuestros hermanos sobrevivientes del desastre recién pasado, y para que el sol y el sofoco del calor no los asfixie, porque hemos ayudado a construir sobre las ruinas techos nuevos, los techos del amor, del consuelo y la esperanza. Qué así sea.

San Salvador, 16 de noviembre de 2009